

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 20 DE JUNIO DE 1920

NUM. 19.150

## MUJERES Y MUJERES INTERROGANTES

Es un artículo de Alvaro Alcalá Galiano, publicado pocos días ha, pero que no ha perdido actualidad alguna, lo que, causándome inquietud y perplejidad, me fuerza a hacerme cargo de su tesis. Yo tengo muy en cuenta las opiniones de este escritor, aunque no siempre las comparto. Según el articulista, el nivel actual de la mujer española, salvo honrosas excepciones que alega como atenuantes del rigor del juicio, es muy inferior al de la mujer de los países del Norte.

Desconfío, por instinto, de los juicios generales. No suelen apoyarse en evidentes pruebas. En este caso, quisiera, ante todo, que se definiese bien en qué consiste y cómo se demuestra el nivel intelectual. ¿Es lo mismo altura de nivel intelectual que talento? Y el talento, ¿se mide por los conocimientos que cada cual reúne? ¿Puede graduarse, en España, el nivel intelectual de la mujer por la suma de su instrucción? ¿Supera tanto la instrucción del hombre a la de la mujer, a pesar de las instituciones docentes, más frecuentadas por el primero que por la segunda, si bien en esto se adelanta bastante ahora?

Ha poco nos hablaba Maura de nuestros trece millones de analfabetos, y, sin discutir la cifra, creo que basta su enunciado para sospechar que la instrucción, en el hombre, no es tan intensa que permita partir de ella como de un dato y afirmar en la mujer una inferioridad radical.

Que el nivel del intelecto no puede medirse por la instrucción (y lo creería, a pesar de haber sido toda mi vida entusiasta propugnadora del cultivo del entendimiento y propagación de la sabiduría) lo demuestra una observación científica muy conocida: la de que en los países salvajes (aun quedan algunos que lo son oficialmente) es donde el nivel intelectual de la mujer dista menos del del varón.

Ha sido la civilización la que fué creando la superioridad viril; es decir, que la diferencia intelectual de la hembra y del varón, que en conjunto estoy muy lejos de negar, como hecho, no es, en su raíz, sino algo adquirido; la Naturaleza no lo quiso así. La superioridad masculina, el inmemorial predominio del hombre en la ley y en la costumbre, ha afirmado en él caracteres que la mujer ha ido perdiendo.

Más no se trata aquí de la ventaja que pueda llevar el varón, sino de la que, en opinión de mi ingenioso amigo, llevan las mujeres del Norte a las de España. ¿En qué está apoyado su dictamen? Quisiera saberlo. Se impone un juicio comparativo. Indaguemos cómo establecer la comparación.

No tema el lector que reincida en ciertos ejemplos siempre citados. No quiero llevar esta discusión a los tiempos de Santa Teresa y de Isabel de Castilla. En épocas más recientes, y ya de decadencia, hubo al pie del Moncayo una mujer, filósofa y teóloga, que, como ni-

vel intelectual, era una pirámide de Egipto. En el siglo de la Venerable de Agreda, no tengo noticia de que en la Gran Bretaña, ni en el resto de Europa,

Inglaterra, más que aquí, que hasta pudiera decirse que pululan. ¿Qué consecuencias pueden sacarse para el pleito del nivel intelectual? En literatura y ar-

que recientemente nos visitó. Y ni a las anteriores, ni menos a las presentes, puedo, en conciencia, colocar al lado de Wilde, ni de Rudyard Kipling, verbigracia.

Este caso de la novelista que nos visitó es un pequeño argumento para defensa de la mujer española y de su nivel intelectual. Encuentra en Inglaterra la mujer más o menos intelectual muy otro ambiente que aquí. Halagada por las más altas personalidades de su patria, espléndidamente remunerada en su trabajo (si se ha de creer a dicha novelista), popularizada su firma en tantos países del globo, halla alicientes que la impulsen a cultivar sus facultades y a aumentarlas y mejorarlas en tercio y quinto. Ningún estímulo, o estímulos muy débiles, y aun oposición y contrariedad, encontrará en España la mujer que a la labor intelectual, literaria y artística se consagra. Las puertas de Europa permanecerán cerradas para ella, por haber estado cerradas también las que en su patria debería franquear sin obstáculos, empezando por las de la Academia, donde se excluye al sexo, castigando en él la secular esclavitud. Es natural que tales circunstancias detengan algo la evolución intelectual femenina.

Insisto en que no hallo concluyentes testimonios de ese nivel más alto que Alcalá Galiano concede a los países del Norte. Repetiremos la antigua pregunta que nos dirigamos en 1898 los Silió, los Alba, los Costa y quien esto escribe: ¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones?—en este caso, de las anglosajonas—. Yo diría que en la voluntad. Del ejercicio de esta facultad del alma es demostración la labor de las sufragistas, cuyos resultados estamos viendo. Ellas tendrían unos modos algo bruscos, ellas desafinarían; estoy conforme. Pero iban a su fin, y todo el que va a un fin, con perseverancia y teniendo de su parte a la justicia, raro será que no se salga con la suya. Yo no me propongo rebajar en lo más mínimo a la mujer inglesa; al contrario, le reconozco muchas cualidades eminentes. Se suele hablar de lo caseras que son las españolas. Se me figura que las inglesas no lo son menos, y como la civilización, más difundida, ayuda a que la casa sea grata, proporcionando mil adelantos y comodidades, la ciencia de llevar bien el timón del hogar está muy adelantada allí. Esto no tiene que ver con el nivel intelectual, y pertenece al número de las disciplinas adquiridas, aun cuando no negaremos que para hacer amable la vida por la higiene, el aseo, la sabia economía doméstica, se necesita alguna inteligencia..., como para todo lo que podemos acometer en este mundo.

Quisiera que se considerase lo que voy escribiendo como una serie de interrogantes. Recuerdo que D. Benito Pérez Galdós sostuvo un día la idea de que los extranjeros, por punto general, eran más tontos que nosotros; y, sin embargo, las

LA DE LOS OJOS GRANDES, DIBUJO ORIGINAL DE RIBAS



existiese caso análogo. Tomo por ejemplo a Inglaterra porque creo que este país deba de ser el predilecto de Alvaro Alcalá Galiano. En la imposibilidad de calcular de un modo ni aun aproximativo el nivel intelectual de cada mujer inglesa y cada mujer española, tenemos que acudir a comparaciones de lo que rebasa del tipo común, lo que puede verse de lejos. Generalmente se fija la atención en las escritoras y artistas, en las que por algún concepto han sobresalido; y es positivo que hay bastantes de éstas en

te, no es el número, sino la calidad, lo que estimarse debe. En literatura y arte, acaso no haya cosa peor que el enquistamiento en la mediocridad; y es el caso presente más común. No ignoro que hubo en Inglaterra mujeres de valer, en el siglo XIX, y ahorro el nombrarlas, aunque he leído con gusto a Jorge Elliot, que es un curioso testimonio de raza; a Ouida, que ya vale menos; a Carlota Bronte. Creo que hoy deben prevalecer las que provistan de prosa a los magazines, las novelistas de tercer orden, como la



naciones a que pertenecían eran más fuertes, avisadas, diestras y prósperas que la nuestra. ¿Cómo explicar tal contradicción? Las partes son las que forman el todo. Nuestro todo no alcanza a la altura, pongo por caso, de Inglaterra o de Francia. ¿Quién acertaba? ¿Galdós, al suponer un máximo de tontería en los extranjeros, o Alcalá Galiano, al encontrarlo en las españolas?

Menos mal que este último nos anuncia, en bien del feminismo, que el mundo evolucionará. Mas si la mujer española es de escaso nivel intelectual, no comprendo por dónde ha de venir la evolución. Así, la respuesta a los interrogantes que he formulado tendrá que venir de la colectividad, de la mujer misma. Y para ello, aunque Alcalá Galiano vea con disgusto que la mujer española pudiese soñar en figurar en ese Parlamento, compuesto sólo de doctos y sesudos varones, ya que no infanzones de pro—que eso se queda para el Senado—, la mujer hará bien en desechar lo que, a mi modo de ver, la tiene anquilosada: la timidez, la desconfianza en sus propias fuerzas, el amilanamiento fatal, fruto de tantos siglos de servidumbre... Que cada una se compare con otra mujer, con una sufragista, y si no, ¡que se compare con un concejal, con un diputado provincial, con lo que más cerca halle! No hay como compararse para estimarse. Y no andan por ahí, tras cada esquina, los pozos de ciencia, las extraordinarias individualidades.

Conste—se me rendirá esta justicia—que he prescindido de los fáciles argumentos del orden ético. No he mentado siquiera las virtudes, las condiciones morales de la mujer en España. Ella tendrá un nivel intelectual más o menos elevado, pero, por ahora, no es aquí donde ha rehusado cumplir su deber más esencial. No, no es aquí. Acaso llegue el momento en que, como antes se decía «Busca tu madre gallega», se exclame: «Busca, pobre criatura que no tienes derecho a nacer en parte ninguna, busca tu madre española!»

La Condesa de PARDO BAZÁN

#### RECUERDOS DE LISBOA

## Un gran iberista

Aquí, a este típico café Martinho, veía todas las tardes el vigoroso panfletario, el formidable cuentista, el Mau-passant portugués Fialho d'Almeida. Aquí le ha visto toda la juventud literaria, todo el grupo de mozos soñadores y bohemios, que él arrastraba luego por las calles hasta la madrugada. Garrido, un comediógrafo gordo y bajito, que ganaba mucho dinero y que estaba lleno de deudas, decía siempre de él: «Hizo su vida allí en el Martinho; vivía de noche y era un *blagueur* incorregible...»

Así lo fué toda la vida. A la puerta del Martinho o paseando con amigos por las callejuelas tortuosas de Moreria o de Alfama—esos dos barrios de la Edad Media en el seno de una ciudad cosmopolita—pasó la mitad de su juventud... Cuando ya casado y aburguesado, cuidándose sólo de su finca de Cuba (aunque llamada así, enclavada en el Alentejo natal) y del vino que habían de dar sus viñas; cuando al venir a Lisboa a temporadas, si alguien le preguntaba qué pensaba publicar, solía contestar: «Libros? Lo que yo trato de editar es un vino blanco allá de Cuba...», aun entonces, una vez, en un momento de expansión, Rauí Brandao le oyó decir al pie del café Suizo—entre el Suizo y el Martinho había estado casi confinada su existencia de lisboeta—: «Esta vida artificial, ¡cómo me falta allá, en mi tierra!...

Había nacido para esa vida y no podía vivir sin ella. Por eso, apenas pisamos el Martinho, este café clásico, con estos mozos tan desapacibles y mal educados—casi todos gallegos, por desdicha—, evocamos la simpática y atormentada figura de Fialho d'Almeida, el panfletario de *Os gatos*—sólo superados en la literatura portuguesa por *As farpas*, de Ramalho Ortigao y de Eça, en sus primeros fascículos—, el cuentista inimitable de *A cidade do vicio* y de *O pais das uvas*, el gran cronista de *Saibam quantos...* y de *Vida irónica*.

Fialho merece ser conocido en España no sólo como cuentista prodigioso, que tiene joyas tan valiosas como *A Ruiva*, *Os novinhos* y *O Morgado*; como satírico flagelador de los ridículos del tiempo; no sólo por su condición de gran escritor universal que en cualquier literatura se hembra con lo más preeminente, sino por la circunstancia singular de ser un hispanófilo meritísimo, un enamorado de las letras de nuestro país, de las cuales llegó a reunir la más considerable bibliografía que se ha reunido en Portugal en los modernos tiempos.

Fialho d'Almeida estudió siempre con ahínco y devoción la literatura antigua y contemporánea de España; éranle familiares Valera, Galdós, *Clarín*, Pereda, Blasco Ibáñez, etc.

Como iberista militante podemos considerarle también. Nunca sintió la *fobia* española, el terror y el odio a la vez pueril y grotesco de tantos de sus compatriotas. No por eso dejaba de ser portugués, y bien portugués, Fialho; pero no se asustaba ni sentía escrúpulos monjiles, me-

lindices *freiraticas*, ante peligros inciertos y fantásticos... Y así parece que adrede, *propositadamente*, como para hacer saltar y vibrar de indignación a sus conterráneos, complácese en cosquillearlos el lóbulo del patriotismo con frases como éstas, que lanza al desgaire en *Vida irónica*—ese diario de un vagabundo, que es una policromía de impresiones diarias del año 1892—: «Y después, después, mi querido español, aquí te esperamos...» *E ao depois, ao depois, meu caro hespanhol, ca te esperamos...* «Por ventura has de ser tú la redención, pues traerás algo nuevo que, sea como fuese, siempre ha de ser mejor que toda esta innoble porquería...» (*Vida irónica*, cap. I, pág. 19.)

Es curioso este pasaje, y más curioso lo que, como apostillas y notas marginales, vi escrito en el ejemplar manoseado y sucio que guarda la destartada Biblioteca Nacional de Lisboa. Son dos los acotadores; dos temperamentos dispares que sienten de diverso modo el patriotismo. Uno de ellos es el tipo del portugués fanático, obsesionado por el culto de la patria, ante el cual me inclino con respeto y con gravedad, sin ironía alguna; *notem todos e saibam quantos...*

Este escribe: «No; eso no! ¡Todo puede venir, menos el español!»

El otro es el escéptico, empapado en los pesimismos jeremías de Oliveira Martins y de Anthero de Quental, que aconsejaron *renegar de la nacionalidad*. Este escribe al margen de las frases de Fialho: «Desdichadamente, eso es lo que nos espera; día más, día menos, puede asegurarse con certeza.»

Este segundo era, sin duda, un lec-

tór dúctil, comprensivo de la indignación patriótica que latía en el fondo de la desesperada apelación de Fialho... Porque no me engaño; ese sentimiento de Fialho no es desdén ni menosprecio de su patria, ni menos desamor; es más bien un fervido amor que se traduce en improprios gallardos y desdeñosos apóstrofes. Sólo a la desesperada invoca Fialho al *papao* español en ese abrupto apóstrofe que parece antipatriótico a tanto patriotismo simplista y parece último requerido—*ultima ratio populi*—al patriotismo desesperanzado, a la manera de Oliveira Martins, quien proclamó la unión ibérica como necesidad imperiosa de la Naturaleza y de la Historia. Sintió así también dentro de su frío corazón de diplomático el duque de Palmella, después de la pérdida del Brasil, en que Portugal *nao tinha mais remédio do que unir-se a Hespanha*; sintiólo el apasionado Passos Manoel, el tribuno del liberalismo, que en plena Cámara portuguesa clamó por la unión peninsular para reconstruir el gran Imperio panhispánico que soñara Juan il...

En otro momento feliz de su pluma ágil, Fialho lanza otro saetazo a la superstición, a la *fobia* española, y dice así: «Está ya lejos el tiempo en que el español era el coco con que los articulistas metían miedo al pueblo y con que los ministros de Hacienda jugueteaban en sus informes cuando nos querían arrancar algún impuesto insólito...» Para mostrar cuál es su visión de este gran Imperio panhispánico, de esa gran Federación que daría autonomía a las diversas nacionalidades de España, escribe así: «De sobra nos dejaba garantizada la independencia y de sobra nos daría margen para ejercer en una gran Federación una hegemonía incondicionalmente triunfante.»

He aquí un gran aspecto del gran escritor Fialho d'Almeida, quizá ignorado por muchos lectores españoles. Esta faceta hispanista de Fialho no es la menos interesante en su compleja y vasta obra de satírico y de polemista...

Andrés GONZÁLEZ-BLANCO

#### VISIONES DE CASTILLA

## Horas de sol

Con muy buen apetito comió el hidalgo su olla, la cual, gracias a los posibles que la fortuna le dió, no les nada flaca ni macilenta, y luego de dar gracias a Dios con toda devoción y recogimiento salióse un poco a orear en el patio.

Febo, el de la dorada y abrasadora república, tiene tomada la una parte del amplio recinto; la otra hácenla plácida y agradable el fresco dosel de una parral y el breve cadencioso chorrillo de una fuente.

Pesa el azul finísimo sin la inquietud de una nube; ciéga tanta luz; una suave modorra entorna los párpados, y en aquella rápida obscuridad de un instante queda muy sosegado el magín...

En los bardales cantan las cigarras. No lejos, una desagradable y femenina voz dice el nombre de un muchacho que, en aquel preciso momento, conchabado con Barrabás, concierta una travesura que, sin duda, habrá de redundar en lastimoso detrimento de sus nalgas.

—¡Nieve de la sierra para refrescar el agua!—grita una mozallona, y, seguidamente, ese agua que salió de las cristallinas linfas del Tajo es pregonada con acento astur por un muchacho como de hasta quince años.

El cinganillo de la Catedral llama a coro a los señores canónigos; de toda la ciudad se oye, y aun de casi dos leguas.

Ricardo LEON

De la Real Academia Española.

## VERSOS ÍNTIMOS

### Todo está en el corazón.

No a conocer la vida, sino a amarla  
viniste al mundo; del amor naciste;  
si es bella y es mujer ¿quién a gozarla,  
varón, mozo y poeta, se resiste?

Goza, como los niños y las aves,  
del blando seno y el caliente nido;  
no te apures jamás porque no sabes  
de dónde vienes, ni por qué has venido.

Amar lo es todo, conocer no es nada;  
¿quién la razón de la Razón conoce?  
Deléitate en los brazos de tu amada  
sin descender al fondo de tu goce.

Huye del triste, apartate del sabio,  
de aquel que estruja la razón y el seso;  
no se hizo la miel para su labio,  
ni su labio se hizo para el beso.

Nunca la duda el corazón te enfrie;  
marchita su ilusión quien la razona;  
no escudriñes el bien: goza y sonríe,  
no te asombres del mal: ama y perdona.

No esquivas los suavísimos regazos  
del amor y la fe; ponte de hinojos,  
que aquí está la verdad; tiende tus brazos,  
abre tu corazón, cierra los ojos.

Huye de ese mortal desasosiego  
que interroga a las sombras del destino;  
la vida es ciega y el amor es ciego,  
pero nunca equivocan el camino.

Ama lo todo, bebe de las rosas,  
como la abeja, el zumo y la dulzura;  
entrégate a la gracia de las cosas:  
la vida, como el arte, es la ternura.

No deslustres tu cándido atavío  
ni levantes la punta de su velo,  
¿qué logras con pensar que está vacío,  
que no es cielo ni azul tu hermoso cielo?

Renueva el corazón a cada hora  
y aprende a renacer cada mañana,  
como el paisaje al despuntar la aurora,  
como el sol que amanece en tu ventana.

Sé artista, sé poeta, sé el espejo  
del ancho mundo; aunque después te roben

los años su esplendor, no serás viejo:  
la poesía es el arte de ser joven.

No te atraigan las sombras del abismo.  
¿Qué importa adónde vas, de dónde vienes?  
No busques nada fuera de ti mismo,  
todo en tu propio corazón lo tienes...

### Ojos azules tenía...

Ojos azules del color de cielo,  
guedejas rubias del color del oro,  
dulce la risa, angelical el lloro,  
labios de lumbre, corazón de hielo.

Fué en mis brazos alegre rapazuelo,  
gatita mansa, cascabel sonoro;  
fué de mis noches bandolín canoro,  
claro de luna, ruiñeñor en celo.

Sombras, hieles al fin, cardos y abrojos,  
garras de halcón, tizones infernales,  
ásperos dientes, en mi sangre rojos.

sus áureas trenzas convirtió en dogales  
y hundió en mis ojos, como dos puñales,  
los dos cielos azules de sus ojos...

### II

Cautivo de tus gracias monstruosas,  
aun del perfume de tus besos ardo,  
¿por qué, si eres de hiel, hueles a nardo?  
¿Por qué si cáliz de veneno, a rosas?

Angel del mal: ¿por qué las victoriosas  
alas y el claro azul finges bastardo?  
¿Por qué, como en la piel del leopardo,  
aun las manchas en ti son tan hermosas?

De igual suerte Luzbel, en el profundo  
reino de las tinieblas, si, iracundo,  
maldice ya de sus antiguas galas,

aun del glorioso azul de que ha caído  
tiene en los ojos el calor prendido  
y del arcángel las robustas alas.



Parécele al hidalguillo que ya estiró harto las piernas y llenó de aire los pulmones, y dejando el patio, éntrase en una sala baja y lóbrega, porque todas las ventanas tiene entornadicas. Cierra la puerta, casi sin ruido, y luego de quitarse lo más de la ropa, pero sin disponerse como para el sueño de la noche, acomódase en la cama. De allí a poco, duerme como un bendito, sin más preocupaciones ni cuidados...

Ronca, pero no estrepitosa y desagradablemente.

Así de que en la casa hay noticia de que el amo duerme, queda suspenso todo ruido, si no es el de las ya dichas cigarras, que triunfan en los bardales del patio, y el limpio y claro borbotear de la fuente. Fuera, en la calle, oyense, a breves interregnos, ecos de pasos; son unos recios y sonoros, humildes y rastreados

otros. Canónigos y beatas que acuden al llamamiento del esquiloncillo de la santa Catedral...

La sobriñica de su merced toma un velo y también vase a la casa de Dios a pasar aquellas dos horas de fuego.

Aunque devoción parece lo que allí le lleva, no es otra cosa en verdad que juegos de Cupidillo. Cierta mancebo gentil que está en la secretaría del gobernador y vivió mucho tiempo entre las ondas procelosas de la corte.

Llevó al rincón provinciano el grato incentivo de la cortesanía y con él enamoró a la niña, que aprovecha tan bellamente las horas de la tarde en que descansa su tío y cantan los canónigos.

Por no quitar la devoción a las gentes, retíranse los enamorados a una oculta capilla, junto al altar mayor. En ella están enterrados los fundadores, y en la

puerta, embutido en un nicho, hay un angelón de piedra, que llaman del Silencio. El dedo índice de la diestra mano tráele puesto en los labios...

Sus reverencias canturrean y duermen. Cada espacio de media hora la grave campana del reloj que hay junto a una de las puertas, la que dicen del *Perdón*, mide el tiempo, repercutiendo sonora y pausada bajo las altísimas bóvedas...

El maestro de ceremonias sale del coro; detrás, ya en silencio, pero no del todo despabilados, salen el señor deán y los señores canónigos, y desaparecen por la angosta puerta que a la Sacristía conduce.

Torna la perrera a dar la vuelta a la nave, entra en la capilla del ángel y levanta la caza. El doncel alárgale una caja de rapé; la moza hácele el regalo de una risica, entre picara y candorosa,

y vase sola por la puerta que dicen de la Anunciación...

Otro reloj, menos grave que el de la Catedral, da la media de las cuatro.

Abresd la sala fresca y lóbrega, que ya no sufre esta última particularidad, porque la clara luz de la tarde entra triunfal por las dos grandes ventanas.

El tío sale vestido muy pulcramente; pero el rostro muéstrale arrebatado aún, e hinchados los ojos por las reliquias del sueño. Pide una talla de agua, que la sobrina le trae, recién sacada del pozo; bébela muy despaciosamente, mirando mucho al cielo, que ya no es tan sereno; hace su pronóstico del tiempo; manda que le traigan el sombrero y el bastón, y dice que se va a las Dehesas...

Diego SAN JOSÉ

## EL ARTE DEL GRABADO

PARCE que se va despertando en España la afición al grabado. Artistas, en su mayoría pintores, gustan de recrearse abriendo planchas con rayado libre y entintándolas después de suerte que la nota no desvirtúe, antes realce, una sensación de color, aun dentro de un tono dado. El aguafuerte llamada de pintor y el agua tinta son los ejercicios con que suelen hacerse la mano quienes, atraídos, verbigracia, por la viva inspiración de Goya, no abandonan su condición en lo que tiene de esencial, o sea en el dibujo, cultivando lo pintoresco.

Nosotros, a la zaga de los demás países europeos, comenzamos a comprender en qué órdenes necesitamos remediar la inacción secular. Aunque España no haya ocupado un lugar preeminente en materia de grabado, no hay razón para que nos desentendamos de una manifestación que da la medida, en cierto aspecto, del amor a la vida del hogar. Más fácil y económico que adquirir un cuadro o una estatua mediocres resulta a veces comprar una excelente estampa; claro que no nos referimos a las piezas singulares que, o por su extraordinaria rareza o por su belleza consumada, alcanzan fabulosos precios.



Una de las hermosas pruebas del tríptico «Barcas en el puerto», original de D. Francisco Esteve, premiado con primera medalla en la actual Exposición.



«El Cristo de las Penas», aguafuerte del artista gallego D. Manuel Castro-Gil, obra de claro simbolismo y fuerte originalidad.

Entre los profesionales del aguafuerte en la actual Exposición, y con un sentido conservador, se distingue D. Francisco Esteve Botey. Autor de *Grabado*, libro utilísimo en el cual se consignan recetas y procedimientos para las diferentes maneras de grabar, acógese a las normas consagradas, y a ellas acomoda sus inspiraciones. El tríptico formado con tres pruebas al aguafuerte, «Barcas en el puerto», es hermoso. Cada una de las estampas que lo constituyen nos muestra, pues, en el acabado de la plancha, el arte minucioso y nada impresionista del Sr. Esteve Botey. Otras siete pruebas de grabado al aguafuerte acusan ya la inventiva personal, ya el sistema de copia: «Día de invierno», «El puente del Rey», «Rayos de sol», «El rebaño», «Nuestra Señora de París», «Retrato de Leandro Fernández de Moratín», pintado por Goya, y el del poeta Juan R. Jiménez, por Sorolla.

Ocho pruebas del artista D. Manuel Castro Gil nos le presentan dueño de fuerte expresión y con una personalidad definida: «La ciudad dormida», «El Cristo de las Penas», «Capilla del valle de Grecia (París)», «Puente del diablo», «Exuberancia floral», «Los ociosos de las ánimas», «Viejos castaños», «Laberinto». Con amplio y suelto rayado, obtiene riqueza de claro oscuro; lo que no presta el procedimiento es el espíritu poético, y el señor Castro Gil toma el aguafuerte para proyectar sus sentimientos y emociones de poeta por medio de líneas y de manchas. Al buscar el movimiento decorativo, o al concretar una impresión, deja un lugar para el misterio, que esconde un fondo lírico. A. V. y G.





- CUENTO INFANTIL -

**E**RASE un marinero que tenía una hija de seis años. La hija se llamaba Rosario, y él, José.

Viajaba en «La Ligera», una goleta que había dado ya cuatro veces la vuelta a todo el mundo. Cuando el barco estaba de carena, o descansando entre viaje y viaje, pasaba el marinero todo el día sentado a la puerta de su casa, frente al mar, fumando su pipa y mirando a Rosario, que no le dejaba a sol ni a sombra.

La niña preguntaba mucho, y papá José no respondía nada. Chupaba la pipa, se encogía de hombros, mascullaba entre dientes no sé qué cosas, que parecían algo, pero que no eran nada, y se acabó.

La niña un día preguntó a su padre si el mar tenía orejas, y el padre le contestó lo de siempre:

—¡Hummm!...

—Yo sé que tiene orejas—siguió diciéndole Rosario.

—¿Y por qué tiene orejas?—preguntó, por fin, el marinero.

—Porque sí, porque yo lo sé—respondió la niña—. ¿Tú has visto esos caracoles grandes, grandes? Pues esas son... Se le dice al caracol lo que se quiere, y el mar lo oye y se lo dice a los caracoles de todo el mundo, y los caracoles al mar, y así...

Papá José dejó apagar la pipa, de tan distraído como se quedó pensando en aquello...

A la semana de esto, o poco más, la mujer del marinero se quedó haciéndose cruces al ver que su marido llevaba una porción de días sin fumar.

—¿Qué tendrá mi marido que no fuma?—pensaba la mujer.

Y aunque se lo había preguntado varias veces, él no contestaba nunca a derechas.

—¿La pipa?... ¡Hummm!... ¡La pipa!... ¡Humo!—rezongaba José.

Pero siempre había sido humo la pipa, y no por eso había dejado de estar echando humo el bueno de José, desde la mañana a la noche. Algo había.

Y lo que había era que el marinero quería ahorrar todo el dinero que antes se gastaba en tabaco para comprarse un caracol de los más grandes.

La víspera de zarpar «La Ligera» pudo mercar, por fin, el caracol, y dándosele a la niña, le dijo al despedirse:

—Toma, y todo lo que pase y todo lo que quieras se lo dices al caracol, y el mar lo oír, y se lo dirá a los otros caracoles, y los otros caracoles... pues me lo dirán a mí en seguida.

Desde entonces iba Rosario a la playa todas las mañanas y le contaba al caracol todo lo que pasaba en la casa y en el pueblo: que madre estaba haciéndole unas medias coloradas; que el gato había

cogido el ovillo de la calceta; que a poco si se muere el tío Tomás, el que hacía zuecos, y que ella, Rosario, iba por acerte todas las tardes y todavía no se le había caído la alcuza ni una vez...

José, de bruces en el barandal de estribor, miraba una nube negra...

—¡Mala noche!—se decían todos a bordo.

Ninguno tenía miedo; pero todos se repetían «¡Mala noche!» para demostrarse unos a otros que eran hombres curtidos en la mar y conocían bien los temporales.

Al ponerse el Sol ya estaba el mar inquieto. A media noche avanzó el huracán; llegó silbando, y unas olas inmensas y espesas levantaron su mole negra, cayendo después sobre el navío y sacudiéndole con bandazos que casi lo tumbaron sobre el agua. Un grumete que corría sobre cubierta resbaló. Una ola enorme se venía encima del barco, y José, al verla, comprendió que el muchacho no tendría

tiempo de encontrar asidero antes de que llegara. Veloz, se arrojó sobre el chico y le tiró de un empujón contra una escalera, en el momento mismo en que se precipitaba la ola sobre el barco, haciendo crujir el casco y rechinar la arboladura.

Aquello salvó al grumete; pero José no tuvo tiempo de afianzarse con fuerza para resistir la embestida del mar, y la ola le arrancó de su sitio de un tirón gigantesco, lanzándole al agua sin compasión.

—¡Hombre al agua!—gritó el grumete con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero nadie le oyó. Silbaba en las jarcias el viento, zumbaba el ciclón sobre el mar. Y fué inútil que José gritara con desesperación y luchase a brazo partido para acercarse a la goleta...

Pronto comprendió el marinero que valía más flotar, ahorrando fuerzas para cuando fuera necesario. Y se abandonó a las olas...

El náufrago confiaba, seguro, y esperaba...

Cuestión de resistir, de aguantar un poco; en cuanto a bordo supieran lo ocurrido vendrían inmediatamente en busca del camarada que había caído al mar. Imposible que «La Ligera» dejase sin socorro al veterano José...

Fué pasando tiempo...

La tempestad cedía...

El viento amainó...

Pero no volvía «La Ligera».

¿Cómo podía ser aquello? Era imposible.

Mas «La Ligera» no llegaba para recoger al marinero... «La Ligera» iba dejando atrás, cada vez más atrás, al náufrago.

«Tendrá roto el gobernalle», pensó el cuando ya casi no le quedaba pensamiento. Sólo por avería grave consenti-

rían los compañeros de José dejar así en el mar a un bravo compañero de toda la vida...

Pasó tiempo... El náufrago sentíase aterido por el frío del agua, que iba entrándole hasta los huesos. Y entonces nadaba otro rato; pero, al fin, rendido, tenía que desistir de nuevo, y otra vez comenzaba a sentirse yerto y flojo, y a perder el conocimiento de dónde se encontraba, y a entrarle el deseo de acabar, de abandonarse para siempre...

Allá, en su alcoba, Rosario, con los ojos abiertos en la oscuridad, pensaba sin poderse dormir: «¡Cuántos días que se fué papá!... ¡Cuántos!... Y todavía faltan muchos para que vuelva... Y cuando vuelva... cuando vuelva, se irá otra vez... ¿Por qué no se quedará papá con nosotros?... ¡Tan bien que estaríamos los tres!... Cuando papá vuelva le diré que se queda... Sí, sí... ¿Oyes, papá?»

Cogió el caracol, que tenía siempre en la silla, junto a la cama, y le dijo al mar, al oído:

—¡Que digas a papá que venga pronto! ¡Que no quiero que se vaya más nunca!... ¿Oyes?... ¡Que venga!... ¿Oyes, papá?... ¡Que vengas, que vengas!...

Al amanecer, flotaba un cuerpo sobre el mar. Las olas, mansas y tranquilas, en bonanza, llevaban y traían el cuerpo a su antojo.

El náufrago no podía ya pensar, ni oír, ni moverse; pero sentía muy adentro, con el último soplo de vida, que empezaba a dormirse para siempre, y que comenzaba a soñar, y que el mar le arrullaba, y le cantaba, y le decía: «¡Que vengas!... ¡Que vengas!...»

El marinero volvió en sí de una sacudida y braceó como un tigre, con fuerza nueva... ¡Su hija!... Había oído en el mar la voz de su hija. ¡Le llamaba!... ¡Era cosa segura!... Y braceó, braceó...

«La Ligera», con el viento contrario, no había podido acudir en socorro de José; pero con el día cambió el viento, y ahora avanzaba, con todas sus velas desplegadas, en busca del compañero que se había quedado atrás... Y muerto hubiera estado—que ya el instinto de conservación iba a dejarle y el cuerpo iba a caer—si no llega a sentir aquella voz tan dulce, que venía de tan lejos...

El mismo José me contó, de viejo, esta historia mientras hacía muy minuciosamente con una navajita caracoles de corcho...

UN ABUELO  
Dibujos de BARTOLOZZI.







Así como no se tiene noticia exacta de la fecha en que se estableció por primera vez la alta prerrogativa de cubrirse ante Su Majestad los grandes de España, ignórase también el origen de la toma de la almohada por las damas que ostentan la misma alta dignidad; mas, según dice, con muy buena lógica, en su *Guía Palaciana*, el Sr. Jorreto y Paniagua, es probable que, reconociendo idéntico origen, fuese la misma fecha, o mediando corto espacio de tiempo entre la una y la otra.

En lo que ya no estamos conformes con el aludido escritor es en hacer remontar a los tiempos de los Reyes Católicos la indicada ceremonia, toda vez que, según es bien sabido, fué Carlos V, Emperador y Rey, el que, si no creó, por lo menos reconoció a los primeros grandes de España como tales grandes, que fueron, por cierto, según el autorizado escritor heráldico Sr. Fernández de Bethencourt, en número de veinticinco.

Esta distinción de la toma de almohada no se limitó, durante el reinado de la Casa de Austria, a las esposas de los grandes, sino que se hizo extensiva a las de sus primogénitos y aun a las de los embajadores y a las mujeres de los marqueses de Portugal, cuando esta nación formaba parte de los dominios españoles.



Marquesa de ARIENZO.



Marquesa de ARGÜESO



Duquesa de MIRANDA



Duquesa de SEVILLA



Marquesa del NERVION



Doña ISABEL de COSSÉ-BRISAC



Marquesa de ALHUCEMAS.



Duquesa de MANDAS y VILLANUEVA



Marquesa de SAN ADRIAN

Aunque a primera vista pudiera creerse que se trata de una ceremonia sin transcendencia alguna y de mera ostentación palatina, es lo cierto que su significación es mucho más elevada y se presta a no pocas consideraciones en esta época de *feminismo militante*, pues que con ella se trata principalmente de hacer a la mujer partícipe de todos los privilegios del marido; y es esto hasta un extremo tal, que después de la *toma de la almohada* la dama conserva de por vida todos los honores y privilegios inherentes a tan alta dignidad, que no pierde ni por la viudez ni por un matrimonio de inferior categoría.

No es, sin embargo, un derecho absoluto, pues, como todos aquellos que emanan del Poder Real, tiene algo de gracia, y buena prueba de ello es que se han dado casos, como el de D. Duarte de Portugal, marqués de Frechilla, y su esposa, la marquesa de Malagón, a los que el Rey D. Felipe III negó la *cobertura y toma de almohada*. (Cabrera de Córdoba. *Sucesos de la Corte de España*.)

En cuanto a la ceremonia, es bien sencilla y ha sido divulgada por la Prensa en diferentes ocasiones. Entrada de las damas, con sus madrinas, en la sala de



Palacio destinada al efecto, donde aguarda Su Majestad la Reina; reverencias a la augusta señora y a las damas de almohada—así se llama a las que ya ejercitaron ese derecho o gracia—; breve conversación con la Soberana, que las hace sentar en el almohadón colocado a sus pies, y nuevas reverencias al retirarse para ir a ocupar sus puestos entre las otras grandes.

El protocolo para esta ceremonia data de la Regencia de doña María Cristina de Borbón, que al fallecimiento de Fernando VII nombró una Comisión de jefes de Palacio para que formulase el oportuno proyecto, que tuvo algunas ligeras modificaciones en tiempo de Isabel II, siendo, por cierto, camarera mayor de Palacio la duquesa de Berwick y de Alba.

He aquí ahora las ilustres damas cuyos nombres constituyen una atrayente actualidad para la crónica mundana, con motivo de la celebración de esta tradicional y simbólica ceremonia palatina:

La duquesa de Miranda.—Doña María de la Concepción Azlor de Aragón y Hurtado de Zaldívar, condesa de Simancas, vizcondesa de Villanova, y que, por su matrimonio con el hijo segundo de los anteriores marqueses de Santa Cruz y duques de San Carlos, lleva los títulos de condesa de la Unión y duquesa de Miranda; es una de las damas de más preclara estirpe de la sociedad madrileña; hija de los duques de Villahermosa y de Granada, la grandeza de esta Casa se remonta a los Reyes de Aragón, y entre sus esclarecidos ascendientes figuran embajadores, guerreros, santos venerados en los altares, académicos y poetas que dieron brillo a las letras patrias.

La historia de algunas damas de este linaje ha sido narrada por insignes escritores; algunos, como el padre Coloma, hicieron de la Santa Duquesa una figura interesante y casi novelesca.

Ni tiempo ni espacio tenemos en esta ocasión para trazar la historia de la Casa a que por su nacimiento pertenece la duquesa de Miranda; mas como por este título concurre a la toma de almohada, creemos interesante decir que el Rey Carlos III otorgó el ducado de Miranda a la señora doña Cayetana de Silva, hermana del marqués de Santa Cruz, siendo camarera mayor de Palacio, en donde ocurrió su fallecimiento y en donde todavía las habitaciones que ocupaba aquella ilustre dama se conocen con el nombre de «Departamento de la duquesa de Miranda». Por su muerte sin descendencia incorporóse dicho título a la Casa de Santa Cruz.

Marquesa de Argüeso.—Doña María de las Mercedes de Arteaga y Echagüe lleva también los títulos de marquesa de Campoo y de condesa de Villada y de Bañares y está casada con D. Luis Morenes y García Alesson, marqués de Bassecourt, hijo de los anteriores condes del Asalto, barones de las Cuatro Torres.

La historia de la Casa de los duques del Infantado, marqueses de Valmediano, de Ariza, de Estepa, de Santillana, de Argüeso y de Campoo—estos tres fueron siempre unidos—, condes de la Monclova y del Real de Manzanares y otros muchos títulos y grandezas que hoy ostenta, por cierto con gran dignidad, el hermano mayor de la marquesa de Argüeso, está tan íntimamente ligada a la historia de España, que para esbozar siquiera algunos de sus personajes y hechos principales no bastan los límites de una sucinta crónica; muchos libros se han escrito en loor de los ascendientes de esta Casa. Entre los preclaros autores que trataron de ella, no podemos por menos de citar al gran cardenal Mendoza y al poeta marqués de Santillana.

La marquesa de Argüeso es la décimaséptima de este título, que lleva por cesión de su padre, el anterior duque del Infantado; no son menos antiguos el de Bañares, que se creó en 1453, y al cual fué unido el apellido Zúñiga, y el de Villada, dado en 1625 por Felipe IV a un Pimentel y Enriquez de Guzmán.

La grandeza de España concedida por D. Alfonso XIII a doña María de las Mercedes de Arteaga y Echagüe ha sido un acto de justicia realizado por nuestro Soberano al fundar una Casa de grandes de España de esta rama insigne de la Casa ducal de Valmediano.

Marquesa de San Adrián.—Doña Margarita de Magallón y Macleod, marquesa de Castelfuerte, pertenece a una de las más antiguas e ilustres familias de Navarra; muchos siglos lleva en el apellido de Magallón el Señorío de San Adrián, elevado a la dignidad de marquesado en 1729 y con grandeza de España desde 1802.

Entre los ascendientes de esta Casa se cuentan los Reyes de Navarra; el célebre Íñigo Arista y Fernán Laynez, hermano del Cid; por las Casas de Gramont y de Beaumont son también descendientes de San Luis de Francia y de Margarita de Provenza.

Es curioso y es interesante el documento en que, tras la exposición de los grandes méritos contraídos por los Magallón, Mencos, Ayanz de Navarra, Arbizu y otros ascendientes de los señores y marqueses de San Adrián, se inducía el ánimo

del Rey D. Carlos IV a la concesión de la grandeza de España, que les fué otorgada en justicia por aquel Monarca.

La actual marquesa de San Adrián y de Castelfuerte está casada con el distinguido marino D. Luis Sanz y Muxica, uno de los aristócratas más cultos y competentes en los modernos adelantos del arte y de la ciencia.

Duquesa de Sevilla.—Doña Enriqueta de Borbón y de Paradé es, como su marido, el bizarro comandante del Ejército D. Francisco de Borbón, nieta de aquel Infante D. Enrique, muerto en desafío por el duque de Montpensier. Hacer, pues, la historia de esta Casa es escribir la historia de los Borbones.

Duquesa de Santa Elena.—Otro tanto puede decirse de esta dama; por su matrimonio con D. Alberto de Borbón, duque de Santa Elena, teniente general de los Ejércitos nacionales, doña Clotilde de Gallo y Bustamante pertenece a la misma egregia familia, y mostrándose digna portadora de tan grandes nombres, pone su cuantiosa fortuna al servicio de todas las buenas obras, hasta el punto de que en pocas damas halla Su Majestad la Reina tan asidua y eficaz colaboración.

Duquesa de Mandas.—Doña Rafaela Fernández de Henestrosa y Gayoso de los Cobos, pertenece por su nacimiento a dos nobles Casas de la aristocracia española: la de los condes de Moriana—Villadarias—y la de los marqueses de Camarasa, cercanamente enlazada con la duca de Osuna, de donde arranca el ducado de Mandas y Villanueva, a cuya última poseedora, doña Cristina Brunetti, le fué otorgada la grandeza de España.

La actual duquesa de Mandas es también marquesa de la Puebla de Parga y está casada con el distinguido diplomático D. Ricardo de la Huerta.

Duquesa de la Motte-Houdancourt.—Procede este título de la época de Felipe V, que hizo grande de España al conde de la Motte-Houdancourt, por los servicios militares que prestara en la guerra de Sucesión. En 1829, Fernando VII elevó a la dignidad ducal el título de conde, siendo el primer duque Luis de Walsh Seraut. Dicho título fué reconocido en 1836 por el Rey de los franceses Luis Felipe de Orleans. La hija del primer duque de la Motte-Houdancourt casó con Arthur de Cossé-Brissac, cuya familia ha dado cuatro mariscales a Francia.

La actual duquesa toma la almohada, en su calidad de grande de España, como Isabel, Teresa María de Cossé-Brissac, y está casada en segundas nupcias con mister Valentín José Hussay Walsh.

Marquesa de Alhucemas.—Es sobrado conocido este título para que sea necesario extenderse en consideraciones sobre el mismo. Creado en 1911 para premiar los grandes servicios prestados a la patria, muy especialmente en los asuntos de Marruecos, por el eminente hombre público D. Manuel García Prieto, fué elevado dos años después a la dignidad de grande de España.

La actual marquesa de Alhucemas es doña María Victoria Montero Ríos y Villegas, hija del ilustre estadista y gran jurisconsulto D. Eugenio Montero Ríos, que ocupó los primeros puestos de la política en España, militando siempre en el partido liberal. Pertenece a numerosas Juntas de beneficencia, en las que pone de manifiesto su generosidad y su inteligencia.

Marquesa del Nervión.—Pertenece esta señora—que es una Arteché y González de Careaga—a la aristocracia sevillana, por su matrimonio con el tercer poseedor de dicho título, que fué creado en 1864 a favor del capitán general de la Armada D. Francisco Armero y Fernández de Peñaranda. Es dama muy distinguida y bondadosa.

Marquesa de Arienzo.—Se concedió a un miembro de la ilustre familia de Carrara Pacheco, en 1734, el primer marquesado de Arienzo, que hoy ostenta D. Fernando de Soto y Aguilar, marqués de Santaella y conde de Puerto-Hermoso, casado con doña Carmen Domecq y Angulo, de los marqueses de Casa-Domecq, que es quien hoy acude a la toma de la almohada.

Y ahora, para terminar, una observación muy oportuna, oída de labios del ilustrado director de la Real biblioteca, el señor conde de las Navas: Se da el caso, verdaderamente raro, de que siendo la categoría de grande de España la más alta dignidad social de nuestra nación, ni los grandes ni sus señoras puedan ostentar ningún distintivo en concepto de tales, y para concurrir a las fiestas palatinas han de llevar ellos uniformes de maestranes, gentiles-hombres—algunos, de sus carreras o de las Ordenes militares—ya que su calidad de grandes no les da derecho a insignia ni uniforme alguno.

MONTE-CRI TO

## LECTURAS

Dirigida por D. Manuel Azafia y don C. Rivas Cherif, ha comenzado a publicarse en Madrid una revista mensual que lleva el título de *La Pluma*. Esta revista, según se dice en el artículo de presentación, será un refugio donde la vocación literaria pueda vivir en la plenitud de su independencia, agrupará en torno suyo un corto número de escritores que están unidos por su hostilidad a los agentes de corrupción del gusto y propenden a encontrarse dentro del mismo giro del pensamiento contemporáneo, y no dará al olvido ningún esfuerzo personal que nazca de aspiraciones nobles y se presente con el decoro formal indis-

pensable para merecer la atención de inteligencias cultivadas.

Tan elevada labor ha comenzado a realizarla en su primer número, muestra verdaderamente selecta de la joven literatura española, y presentado con admirable gusto editorial.

El número correspondiente al mes de mayo de la gran revista *Estudio* contiene, entre otros, trabajos de Cuello Calón, Ochoa, Romera Navarro, Hellós y Payen, y, como de costumbre, «Crónica de estadística y economía social» y «Crónica internacional».

Don José María Salaverría, brillante escritor que en sus novelas y en sus

cuentos ha reflejado tan admirablemente la vida argentina, ha reunido en un tomo, editado por la Casa Caro Raggio, que lleva el título de «Páginas novelescas», varias novelitas breves, muy amenas e interesantes.

Las últimas novelas de la Bibliothèque Plon, de la Casa Plon-Nourrit, de París, son «Un cœur de femme», de Paul Bourget, y «Le Chalet des Pervenches», de F. du Boisgobey.

La Junta superior de excavaciones y antigüedades ha publicado una Memoria acerca de las exploraciones practicadas por los Sres. D. Antonio Blázquez y don Eladio Sánchez Alborno, en las vías ro-

manas de Botoa a Mérida, Mérida a Salamanca, Arriaca a Sigüenza, Arriaca a Tudela, y Segovia a Tudela, a Zaragoza y al Bearne.

El último número de la revista *La Mujer en su Casa*, que edita Bailly-Baillière, es verdaderamente notable y, como siempre, de gran utilidad para las damas laboriosas.

«Andalucía dormida» se titula una breve e interesante serie de impresiones de viaje, en que el notable escritor C. de Abaytúa Elizaguirre ha visto a través de su recio temperamento vasco varios sugestivos aspectos de esa bella región meridional y soñadora.



# UN AHOOGADO

UNAS mujeres que cortaban hierba en un prado fueron las que primero lo vieron. Allá abajo, al romper el mar en unas peñas, el cuerpo de un hombre aparecía y desaparecía repetidamente. Unas voces, sólo se veía un brazo crispado y rígido, como el mástil de un barco hundido; otras, el mar lanzaba el cuerpo a una roca alta, y lo arrebatava de nuevo como si jugara a perderlo.

Las campesinas abandonaron el trabajo y corrieron poseídas de algo trágico y terrible, saltando muros, destrozando en su carrera el maíz de las eiras gritando: «Un ahogado!» «Un ahogado!»... Los que trabajaban en el campo se sumaban a las que primero lo vieron, gritando el terrible grito, y en todo el contorno, hasta donde llegaban las voces, los trabajos se suspendieron; todos corrían, y en los caminos se encontraban desorientados y sin dueño el ganado abandonado.

Las voces llegaron al pueblo. El pueblo era un rincón antiguo y olvidado; en las calles, todas en cuesta, pedregosas y llenas de hierbas silvestres, como el lecho de un río seco, se extendían las redes que las pescadoras cosían, sentadas en el suelo, con el pañuelo de la cabeza en tolo, bajo el sol ardiente. De los balcones, historiados y con escudos, antiguas casas de nobles con soportales y hornacinas, pendían rosarios de mazorcas en que el sol dejaba una luz amarillo indio. Todo era silencio; de vez en cuando un canto femenino, el sonido de una caracola anunciando barco con pesca, el rumor del mar rompiendo...

Las voces llegaron al pueblo, y la confusión alcanzó un punto de locura; entraron los vecinos del campo llevando como bandera el grito aterrador: «Un ahogado!» «Un ahogado!»

Las mujeres salían medio desnudas de las viviendas llamando a los suyos; asaltaban unos las casas de los otros buscando a sus hijos, a sus hermanos: «Meu pai», «Meu hirman», «Meu home», y al correr sobre las redes muchos caían y sobre ellos los que corrían detrás. Se contaban las lanchas que habían salido a la pesca: «La Peregrina», «La Loura», «La Rachadora». Un grupo, a la orilla del mar, llamaba con gritos a los que habían salido a pescar en sitio cercano; gritaban todos a la vez un nombre para que se oyera más lejos, y, después de un silencio angustioso, sólo el mar respondía...

El muerto era el Solepán. Un vecino que llegó lo había visto; pescaba en una gamela, dió la vuelta, se había enredado en un rizón; y la casa del Solepán se llenó, rebotaba. Quedó la gente en la calle gritando; llorando unos, abrazándose otros, al saber vivos a los suyos.

Era la segunda vez que el pueblo invadía la casa del Solepán con el grito escalofriante. Un año antes el mar había arrastrado a una trainera con once mozos al doblar el cabo de «Home», y uno de ellos era Antofito el Solepán, remero fuerte y excelente jugador de llave.

Salió la Solepana a ver a su hombre, a llorar sobre él, y tras ella y sus siete hijos iba el pueblo en un clamor ensordecedor: «Meu paicinho», «Meu Manoel», «Meu corman»...

El lugar quedó solo; quedaban unos viejos moleando un pedazo de borona a las puertas de sus casas, temblones e insensibles. Un loco, el eterno loco de pueblo, corría de puerta en puerta haciendo cruces en las paredes para ahuyentar al «Alarbio», el que hace maleficio a los recién nacidos y se bebe la sangre de los muertos.

El Solepán yacía en un pequeño arenal en postura grotesca, teniendo por turbante unos lazos de algas. Su mujer, sudorosa, despeinada, con la faz cárdena por el calor, por las lágrimas, llamaba, ronca ya, al marido; con los brazos abiertos al cielo pedía la vida para su hombre, sosten y pan para sus siete hijos; se encaraba con el mar amenazando, insultando: «¡Tragadora de vidas! ¡Ladra! ¡Sin home e sin fillo! Ven por mí tamén; lévame, lévame!»

Un vecino, acomodado y sabido, se impulsó: «¡Todos al pueblo! Unos hombres quedarán aquí guardando el cadáver. Yo iré a avisar a la Justicia y al «forrens». ¡Lévade a esa mujer, rayos!»

A viva fuerza se llevaron a la Solepana del lado de su hombre. Se fueron todos; los gritos resonaban lejanos; sólo faltaban unos cohetes luminosos para crear una vuelta parrandera de romería...

La marea bajaba y el mar venía manso, quieto, tranquilo; retrocedía, llegaba nuevamente, como si intentara arrebatarse de nuevo su presa, dejando en el arenal resplandores sangrantes, que reflejaban nubes cárdenas y cegadoras que por el cielo iban...

Unas gaviotas volaban muy alto, chillando terriblemente. Los hombres que guardaban el cadáver, en grupo, callaban; y al murmullo del mar contestaba el rumor de la tierra por unos matorrales en que un viento ligero hacía mover las hojas, secas y caídas como pendones vencidos...

Adolfo TEMES.

ZAPATOS

Últimos modelos  
Grandes existencias  
Para todos los gustos y precios.

«LES PETITS SUISSES»  
Fernando VI, 17.

GRÁFICO HISPANO

GRANDES TALLERES DE FOTOGRAFADO

CALLE DE GALILEO, 34

TELÉFONO, NÚM. 8.593

"Azufre Malbois"  
imprescindible para el pelo



Éxito reciente

Fages.

Madrid

El «AZUFRE MALBOIS», sometido a variedad de elementos vegetales y ferruginosos, robustece y consolida los cabellos atrofiados, disuelve la caspa, cura el eczema y disipa la jaqueca.

Su constitución, exclusivamente destinada al crecimiento del folículo piloso, engendra fácil y prontamente nuevo cabello en cualquier edad, evitando a la vez la aparición de las canas prematuras.

(En las cenizas que la combustión del pelo proporciona, entra el azufre en un 4 ó 5 por 100.)—DR. RAMÓN Y CAJAL.

El prestigio y la magnitud de la fama alcanzada por el «AZUFRE MALBOIS» es debido a sus propios resultados, y jamás por éxitos de propaganda.

Precio: 8, 15 y 28 pesetas frasco.

La mayor ofrenda

que podemos hacer a una  
dama es ofrecerle

CARDUI

(EL TONICO DE LA MUJER)

porque es la medicina más indicada para evitar las enfermedades propias de las señoras y jóvenes, y fortificar el buen estado de salud.

Pídase en cualquier botica, y el folleto explicativo que se reparte GRATIS.

(Producto vegetal norteamericano)



Sucursal

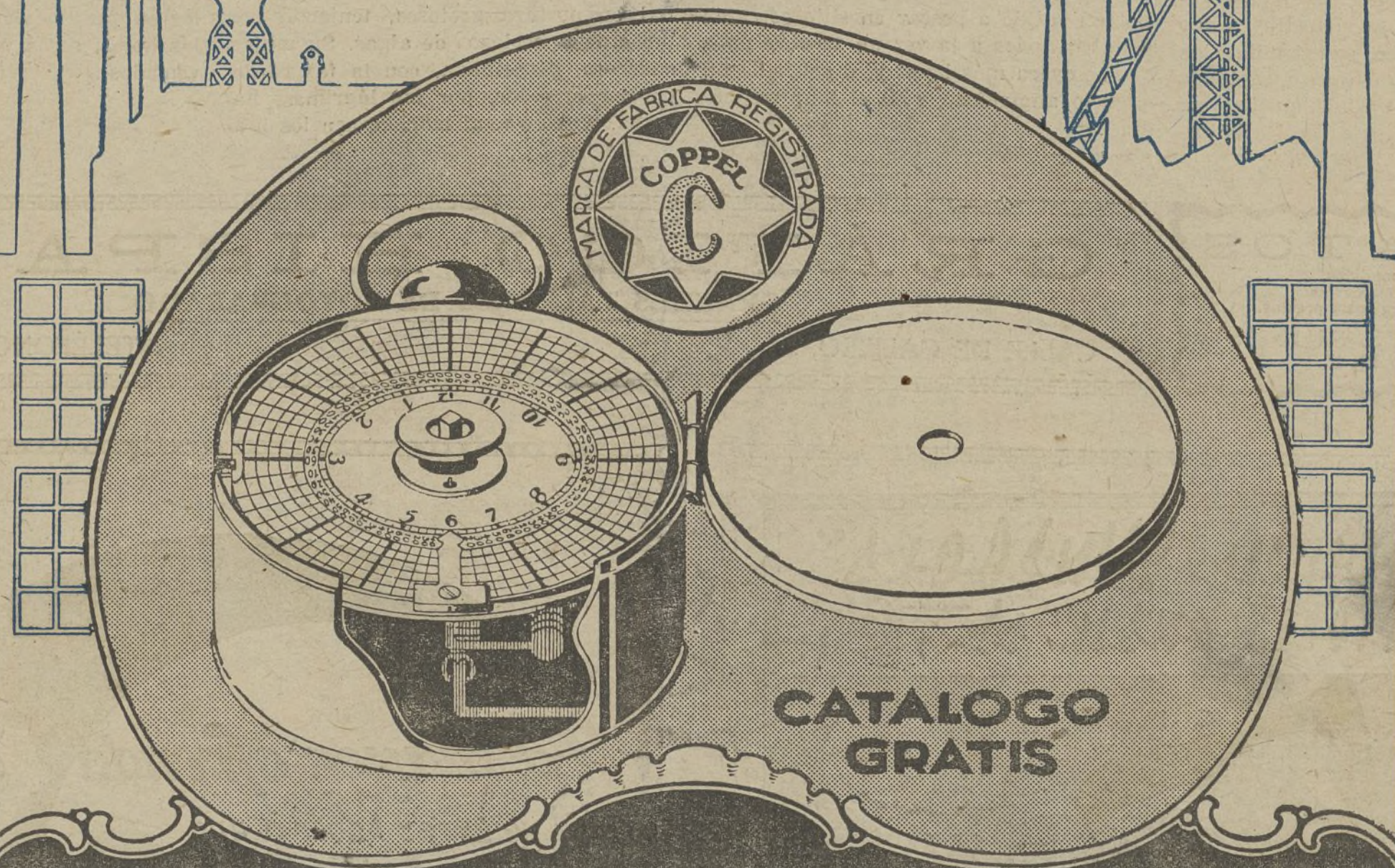
en España

C. Recoletos, 2 duplicado, MADRID



# RELOJ VIGILANTE

MUY UTIL  
PARA BANCOS / TEATROS  
MUSEOS / BIBLIOTECAS  
FABRICAS / ETC.



## COPPEL

### FABRICA DE RELOJES

FUENCARRAL, 27 MADRID FUENCARRAL, 27

A CADA RELOJ ACOMPAÑA CERTIFICADO DE GARANTIA  
REMESAS A PROVINCIAS

BRAUNE